

XV

En la historia de María y en la historia de Jesús hay fuentes que los historiadores aprovechan, aun estimándolas apócrifas el sentido común y la Iglesia católica. Pero sucede con estos documentos en el relato histórico algo de lo que sucede con los documentos poéticos. Ni la *Ilíada*, ni la *Odissea*, ni los poemas del hierático Hesiodo, ni las tradiciones reunidas por Ovidio en sus *Fastos*, ni otros muchos manantiales históricos pueden validarse á los ojos de una buena crítica en examen matemático y exacto cual verdaderos testigos generadores de certidumbre y evidencia. Pero hay en ellos recuerdos tan vivos, tradiciones tan acreditadas, un espíritu tan inmanente á todos los tiempos, que no deben descartarse, no, de nuestras narraciones por completo sin disminución y mengua de la verdad histórica. El clero convino de antiguo en admitir sólo cuatro Evangelios. San Irineo, tan cercano á los apóstoles, que bebe casi en sus labios, oye lo dejado en los oídos de generaciones muy próximas, compara los cuatro Evangelios verdaderos con los cuatro simbólicos emblemas en la visión de un Ezequiel y con los cuatro puntos cardinales ó los cuatro vientos en los espacios del

cielo. Pero esta declaración de la Iglesia y estas reminiscencias de Irineo nos enseñan las tentativas hechas para unir los Evangelios apócrifos con los Evangelios ortodoxos. Contemporáneos de San Lucas intentaron ya reunir todas las tradiciones referentes á Cristo. Apenas un apóstol había muerto, cuando ya se levantaba en torno suyo la piadosa tradición canónica mezclada muchas veces con leyendas y nacida originariamente de cualquier hecho efectivo y real. Luego, los diversos predicadores de sectas más ó menos heréticas, trazaban Evangelios más ó menos auténticos. Origenes refiere que Basilides, un heresiarca de los primeros siglos, había escrito su Evangelio correspondiente. Y así escribieron otros diversos Evangelios, atribuidos á cada cual de los apóstoles: Evangelio de los egipcios, Evangelio de los árabes, muchas veces reunidos, en las alternativas de aquellos tiempos y en las circunstancias históricas á los Evangelios ortodoxos. La crítica moderna registra treinta Evangelios por lo menos, de los cuales hay algunos que sólo nos han transmitido su título. Pero sucede algo muy singular, que debemos escribir aquí para darnos cuenta exacta de todo lo relativo á la vida excelsa de María. Los Evangelios canónicos pasan muy de ligero sobre la infancia del Salvador. Alguno apenas la menciona, ó la menciona

por incidencia, deseoso de presentarnos á Cristo en la plenitud completa de su vida y en el colmo entero de su predicación. Pero muchas de las tradiciones referentes á la historia cristiana, y sobre todo á la infancia de Jesús, que han penetrado en las creencias vulgares y han vivido en las iglesias ortodoxas desde los tiempos más remotos, provienen á una de los Evangelios apócrifos. Por consecuencia, necesitamos verlos y apreciarlos.

Hay Evangelios de tal estirpe, que historian la infancia de Jesús, y hay otros que historian su pasión y su muerte. Hállanse entre los primeros el Protoevangelio de Santiago y la Historia de José. Hállanse, á su vez, entre los segundos, el Evangelio de Nicodemo y las actas de Pilatos. De todos estos hablaremos en su oportuna sazón; hablemos ahora de aquéllos. Denomínase Protoevangelio de Santiago una composición histórica, la cual guarda minuciosidades respecto de la infancia del Salvador, que han pasado á la tradición, y de tradición hanse convertido para muchos en fe viva y en heredada creencia. El nombre de Protoevangelio proviene de que así lo denominara en el Renacimiento Guillermo Poster, quien tradujo tal obra del texto griego á texto latino. También hay otro Evangelio de la infancia, que lleva el nombre de Tomás Israelita, redactado en siriaco y en griego, luego

vertido á latina lengua. Existe otro, que se denomina Pseudo-Mateo, y que se llama libro de la Natividad de María y de la infancia del Salvador. En realidad todos estos libros obedecen al espíritu del Oriente y repiten así las ideas como las tradiciones orientales. En el Pseudo-Mateo la ida de la Santa Familia en busca de refugio á Egipto llena desde el capítulo XVIII al capítulo XXV. ¡Cuán diversa la increíble amplitud con que trata el Evangelio apócrifo la fuga del Salvador, y lo conciso, y lo sumario, y lo breve de la misma narración sagrada en los Evangelios ortodoxos! Mientras éstos, fuera de lo dicho en su capítulo II por San Mateo, apenas dicen cosa ninguna, pues Marcos empieza con la predicación de Cristo; Lucas habla de la vuelta del Salvador á Nazareth, pero no del viaje á Egipto; Juan, proclamado y definido el Verbo, inicia su Evangelio con el testimonio de San Juan Bautista y con la vocación de los primeros discípulos ¡ah! las leyendas apócrifas narran toda la juventud primera del Salvador y toda su estancia por las orillas del Nilo. En los pueblos cristianos menudean doquier piadosísimas consejas respecto de toda esta escena evangélica. Las golondrinas, que rozan á Jesús las ta'adradas sienes; el tamarindo consagrado por una devoción litúrgica; las palmas convertidas en sacros símbolos; la higuera próvi-

da de suyo hasta ofrecernos dos frutos y dos cosechas en el mismo año relaciónanse á una en la poesía popular con el Éxodo á Egipto de María y Jesús, con la fuga y la peregrinación en tantos poemas cantadas y reproducidas en tantos y tan preciosos cuadros. Pues bien, la mayor parte de todas estas leyendas provienen de los Evangelios apócrifos, y principalmente del Evangelio árabe de la infancia. El espíritu de la raza, que lo concibiera y dictara, se trasluce á cada línea en el Evangelio este y lo esmalta con alharacas y con arabescos propios del Asia y del genio asiático. Jesús y María van precedidos por lo sobrenatural; y como dotados ambos del dón de los milagros, obran maravillas á granel y sin tasa. Especialmente su relación y comercio con los idólatras fetichistas y con los falsos dioses impresionan muy profundamente al cándido y crédulo escritor. No penetran en templo cuyas paredes no zozobren ú oscilen á su presencia, y no ven ídolo alguno capaz de resistir al poder sobrenatural de la verdad que llevan en sí ó de la revelación que tras de sí dejan. Para comprender con más facilidad el genio de tales narraciones, cojamos uno cualquiera de sus innumerables episodios. Jesús y María se acercan á lo más grande y más maravilloso de aquella región, á sus templos. La eternidad parece vincula-

da en el frío pórfido y en el granito rosa, que se dirían arrancados á una de los fundamentos y bases del planeta. Las columnas gigantes con sus arquivadas maravillosos; los tabernáculos de metales preciosísimos; las piedras rectangulares que cubrían el suelo y soportaban las columnatas interminables; los pilares de aquellos inmensos pórticos, semejantes á triunfales arcos erigidos para dar paso á una ciudad; las terrazas elegantísimas; las cámaras apercebidas á la oración y el recogimiento; las esfinges con sus jeroglíficos en las bases conteniendo misteriosas ideas; las agujas y los obeliscos; aquella serie de tumbas, donde los muertos parecían esperar en sueño tranquilo el día de la resurrección; todo este conjunto de maravillas religiosas debía temblar y desaparecer, después de haber temblado á los estremecimientos del terremoto, así que vieran de cerca las dulces figuras de Jesús y María, tan ajenas á todos los colosos hieráticos. El ídolo egipcio en las narraciones apócrifas redúcese á polvo y ceniza en cuanto columbra la Sacra Familia. El habitante de aquellas regiones, dispuesto á quedarse allí con sus viejas creencias y sus viejos dioses, huye, así que ve las efigies antiguas disueltas y deshechas por la presencia de ignorados extranjeros. Y, sin embargo, Cristo, y María, y José no saben sino hacer bien.

Hay allí un muchacho endemoniado, á quien todos los diablos atosigan, hasta no dejarle punto de reposo. Pues bien, se procura un pañal de Jesús, y con sólo ceñírselo, á modo de turbante antiguo, por la cabeza, los demonios huyen, por el aire unos, por la tierra otros, en forma, los aéreos, de voraces cuervos, y los terrestres, de venenosas serpientes. En vano los esbirros del rey Herodes quieren perseguir á la Sagrada Familia: montan camellos y dromedarios unos, caballos árabes otros del fecundo y amplísimo desierto, mientras los perseguidos llevan tardigrado borrico, sobre cuyo lomo van la Virgen María con Jesús, guiados y conducidos por San José con el ronzal de su alimaña en la mano y el báculo de su peregrinación al hombro. Pues bien, caballeros unos y otros en monturas de tan diverso paso, los montados mal escapan á los montados bien, y con suma frecuencia. Pero cuando ya les pisan los talones y les echan mano para detenerlos, un rosal ó un jazmín, que del suelo asciende á las alturas; unas palmas ó unos higuerales, que de las alturas descienden al suelo, abren sus ramas y los ocultan hasta salvarlos. Cuando han derribado los fugitivos con su milagrosa presencia el ídolo, temen dentro de su refugio la persecución misma que dentro de su patria, y huyen; pero al huir dan, por su mal, en una re-

gión infestada por todas partes de bandidos, que la depredan y aterrorizan. Mas, como entidades verdaderamente divinas que son los fugitivos, marchan á manera de un escuadrón ó de un cortejo militar, que hundiera el suelo al choque de las herraduras de sus caballos y difundiera por el aire las resonancias de sus clarines y trompetas. Un asnillo cachazudo y modesto, paciente de compleción, tardo, y mucho, de paso, hace vibrar con vibraciones tan estruendosas el aire que respira y la tierra que pisa, cuando apenas se atreve ni á levantar las pezuñas ni á despedir un rebuzno. Pero así pueden salvarse á tal número de crueles asechanzas y conservar sus personas y sus vidas los tres actores de la redención humana, cumpliendo el ministerio sacratísimo para cuyo desempeño los animó y suscitó la divina Providencia.

No acabaríamos nunca si hubiésemos de referir los milagros hechos por el santo grupo en su peregrinación egipcia. Aquí una mujer, poseída también por el demonio, le debe la quietud; allí una hermosa novia muda le debe la palabra por haberle confiado celeste adivinación quién era el niño y quién María; más allá una campesina, en cuyo cuerpo acaba de prenderse y enroscarse formidable serpiente, recobra la disposición libre de sus miembros. Ya un aromático baño, por aguas clarísimas

y por flores bien olientes y por esencias aromáticas arreglado y compuesto, donde Jesús ha metido su cuerpo, sirve de medicina pronta y universal á centenares de leprosos; ya un joven, hallándose por su desgracia maleficiado en las alegrías de regocijado festín, sana con sólo columbrar algo divino en los huéspedes recién llegados; ya los encantamientos de ciertas brujas, que han convertido en mulo á un pobre hombre, se desvanecen por virtud de una señal de Jesús; ya los asesinos dejan caer sus armas, petrificados por sobrenatural visión, cuando iban á inmolar el niño; ya los dioses huyen, y los Faraones caen como al precipitarlos en el Mar Rojo la cólera celeste, y aquellas poblaciones sacras, tan llenas de altares y amuletos, truécense á una en montones de arena que dispersan los vientos del desierto. La meditación de todos estos relatos nos muestra cómo correspondían á tradiciones ampliadas al pasar de labio en labio y de oído en oído. A veces la imaginación de todas estas gentes, que narran á una con tal credulidad y fantasía, exáltase hasta el delirio; y cuando cuentan que á la presencia de aquellos seres errantes y fugitivos se han roto las aras, se han ido los dioses, se han destrozado los santuarios, también refieren que se han entreabierto las entrañas de los arenales africanos, que se han es-

clarecido las profundidades insondables del abismo como si penetrara en ellas el día, que las momias en sus pintados ataúdes han sentido el calor de la vida, y que, mientras de un lado los muertos levantaban la cabeza, rompiendo losas y rasgando sudarios, de otro lado descendían los ángeles con sus nimbos de luz en la cabeza y sus arpas de oro en las manos, á fin de loar la Sacra Familia y prometer la santa redención.

Los autores de todas estas narraciones, á la verdad, tenían ese carácter anónimo que tienen los autores de nuestro romancero. Una persona, un escritor, una individualidad cualquiera, no podía fácilmente concentrar en foco único todos estos rayos rotos de tradiciones griegas, árabes, persas y siriacas. Pero por tal modo la presencia de Jesús y María resplandecen hoy en Egipto, que algunas ventanas, algunos viejos árboles de tiempo inmemorial, muchísimos brocales de cisternas, bosques de palmeras, manantiales por terebintos y sauces asombrados, anchos espacios en las riberas del Nilo, chozas y cavernas recuerdan el paso de la Sacra Familia por allí, é inspiran á las gentes, como consagrados por santísimos recuerdos, una devoción verdadera. Los coptos especialmente, ó sean los egipcios cristianos, cuentan historias diversas, á cual más milagrosas, de tan proceloso viaje. Lo